Al día siguiente comenzó la carga: ¡un sin fin de sacos de huano! Los hombres cargaban de los lanchones amarrando los sacos de dos en dos. Las grúas los izaban rápidamente dejándolos caer luego en las bodegas. Abajo, otros hombres apilaban los sacos estibando la carga. Junto al palo mayor, recostado en una cachimba, Gaviota miraba la operación en silencio. Mentalmente seguía el compás de los hombres: una, dos, tres; una, dos, tres. Todo aquel día y el día siguiente y otros días más duró la faena. Al fin,, unos individuos subieron por la escala frágil. Gaviota rió descortesmente de la torpeza con que trepaban. Eran empleados de la Compañía de Seguros, de la Capitanía, del Resguardo.

—¿Cuando zarpamos?

—Posiblemente, esta noche. Ya no tengo qué hacer aquí. En un solo viaje hasta Guayaquil. De allí a Amberes, a descargar el resto.

—Entonces, ¡buen viaje, don Charles!

—Muchas gracias. Tomaremos antes un trago...

—Cómo no...

El Capitán ordenó a Gaviria que llevase, a su Cámara, copas limpias. A poco el muchacho se apareció con las copas, de distinto juego, sobre una bandejita bien fregada. Los invitados hablaban a gritos ante el mutismo del patrón de a bordo. Este sirvió unos tragos de whiskey. Después de pasarse las manos por los belfos, se despidieron. Al retirar las copas, Gaviria juntó todos los conchos en una sola, la puso al trasluz y la zampó de un trago:

—¡Buen viaje, Gaviota!

(Concuirá en el próximo número. Prohibida la reproducción)

◆◆◆